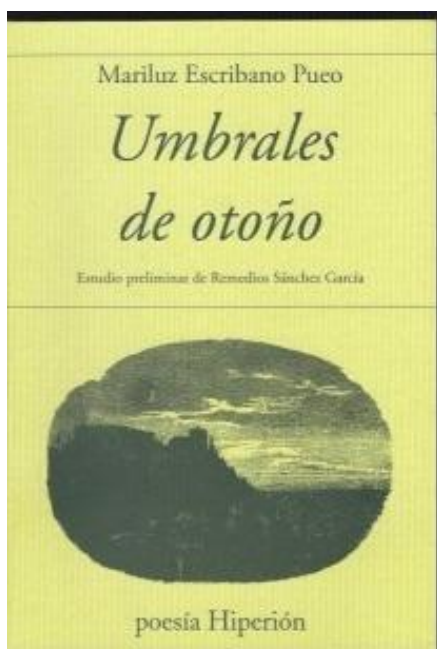


LIBROS GANADORES DEL XX PREMIO ANDALUCÍA DE LA CRÍTICA 2014

F. Morales Lomas

Hace unas semanas se han entregado en el ayuntamiento de Sevilla los XX Premios Andalucía de la Crítica 2014 que han recaído en las obras *Umbrales de otoño* (poesía) de la autora granadina Mariluz Escribano, *Adriático* (novela) de la escritora sevillana Eva Díaz y *Las frutas de la luna* (relatos) del también granadino Ángel Olgoso. Por primera vez este año se ha instituido de esta última modalidad que hasta ahora había estado integrada totalmente en narrativa. Las razones evidencian la fuerza que tiene hoy día el relato y la necesidad de la AAEC en potenciar este tipo de obras que, a veces, no tienen la publicidad que merecieran a pesar de su gran calidad.



Por encima de las palabras del poemario *Umbrales de otoño* de Mariluz Escribano Pueo, está la fuerza de las emociones y la vehemencia de un corazón abierto y público. Mariluz Escribano Pueo realiza una confesión hondamente sensitiva. Su vibración interior se apodera del poema a través de una lírica que nace de la memoria pero también de lo que guarda el corazón. Sus dos grandes apartados nos hablan de dos pensamientos muy diferenciados. En el primero, innominado, vive la familia, los amigos, el espacio sentimental, la infancia... en una melancolía de hoja otoñal que va tomando los colores dorados, las lluvias en las ventanas y «los silencios/ aislándonos del mundo». En el segundo, «Humo remansado», existe un ardiente cancionero amoroso, en el que hay un tú apostrófico al que se dirige su discurso cálido, sensitivo e íntimo. Se apodera entonces del poemario la conmoción de la mujer enamorada pero muy consciente de que «está escribiendo el color del recuerdo».

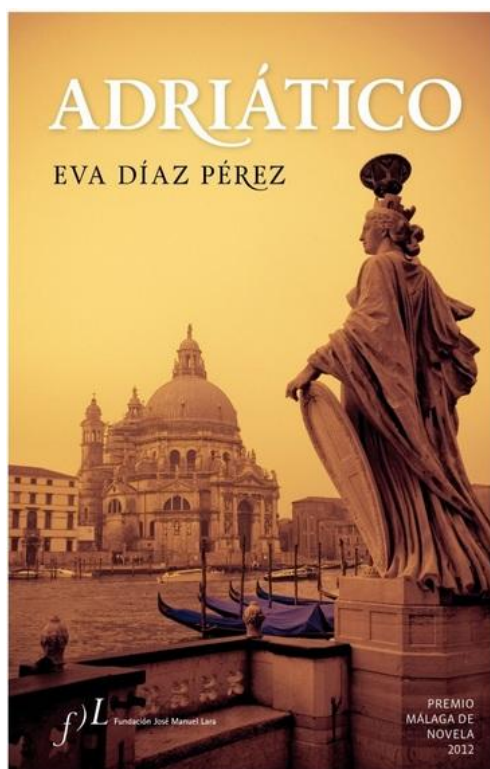
Comienza el libro con una dedicatoria especial a su madre, a la que rememora trabajando en la casa con la naturalidad de ese tiempo machadiano que se acomoda a la existencia cotidiana y crea las sensaciones de lo precedero. El otoño se configura

entonces como el tiempo preciso, esa determinación en la que se asienta la memoria mientras la Madre, en mayúscula, crece en los poemas con la confianza del canto y la materialidad de una geografía de patios y huertas. El recuerdo crea el poema, se apodera de él pero en ocasiones rezuma tristeza en una soledad envolvente en la que la geografía, como en su momento en Juan Ramón Jiménez, conforma las sensaciones y las delimita. Y el tiempo se va apoderando del poemario, el tiempo recordado, el tiempo hallado, el tiempo que anda en el corazón zigzagueando e imaginando cómo fue ese pasado, cómo existe en el recuerdo, en ese gozo sin fondo, en esa desolación imprecisa de afectos y ansiedades. Y así germina el padre desde la contemplación, desde la observación cinematográfica que crean sus ojos, pero también es tiempo de espacios para un nihilismo de ciudad muerta, de ciudad donde pocas veces sucede algo, de ciudad de tardes intrascendentes y soledades ciertas.

El «Humo remansado» crea desde el inicio la exaltación y la energía vital. Desde la virtualidad imaginaria, la escritora se sitúa en el limbo del corazón, en su extrarradio de tierra, surcos, trigos para poco a poco ir entrando en su alma sencilla y forjada por la ternura, enérgica, vital y amorosa. Existe una necesidad definitoria por expresar el significado de este amor que la concita y la compele a seguir, olvidando esa tristeza de antaño. En ese fulgor de la necesidad del recuerdo de amor (no olvidemos que escribe en el color del recuerdo) los labios del amado crean la solidez deseada, se apoderan de su existencia y adquieren la esperanza primera. El abandono, ese recuerdo que inunda las tardes («Entera está mi vida en ti depositada»), vuelve también para afianzar una extraña mezcla de placer y desconsuelo, de afectos y derrotas, de silencio y palabras cruzadas. Un oxímoron de sensaciones contrapuestas que pueden llegar también al silencio de amor, pero, al mismo tiempo, a la rendición de amor. Hay como una entrega, el efecto de las manos en el cuerpo de la amada, las manos como un libro que expresa sus sensaciones y se hace uno y expresivo al tacto, pero también un encuentro permanente con la fuerza y la integración de la naturaleza: «Definitivamente me confortan tus manos,/ me dan la certidumbre de mi existencia amante/ cuanto tiemblo en el mar de su interrogatorio/ y respondo a su urgencia con un suave abandono». Pero la soledad se hace inyectiva y se va adueñando progresivamente de ese encuentro y se crea su dolor de ausencia, a pesar de su diálogo mudo. Entonces la poesía, su lenguaje hecho de sensaciones, va transigiendo esa geografía creada, va reconstruyendo esa creación de

agua, tierra e impaciencias, y va, en definitiva, construyendo una voz que rezuma una historia vivida.

Y siempre la vida que germina en el verso: «Vivirás en mi verso cuando la luz se acabe,/ por eso yo te canto germinal y sencillo». Es su luz, la luz encendida que guía este canto, a pesar de que sabe perfectamente que el pasado nunca vuelve y es sublime en su recuerdo.



La obra de Eva Díaz, *Adriático*, cuenta la fábula del profesor, la historia del Vittorio Brunelleschi que recibe el encargo de catalogar o inventariar objetos heterogéneos y plurales encontrados en la laguna veneciana.

Se trata de una gran reconstrucción histórica en la que ha invertido un buen número de horas en acumulación de documentos, muy trabajados y sometidos a su esencia. Todo ese material ha sido aplicado como base para crear un gran fresco en que vivimos la historia de Venecia y

la

el

Trieste desde sus restos, despojos, objetos abandonados o perdidos en el fondo de la laguna que le sirve de horma y cementerio. Lo difícil en estas aventuras novelescas es delimitar el campo de terreno literario porque la reconstrucción histórica posee siempre una acumulación de datos en los que es fácil entrar pero de los que es difícil salir. Eva Díaz resuelve este gran problema que a priori presentaba su relato con una gran inteligencia narrativa porque lejos de sentirse enajenada por el fervor de los objetos y su acumulación perfila el sentimiento ante estos como una forma de engarzar la espiritualización de los mismos de la mano de la reconstrucción histórica de la vida de sus personajes que poco a poco empiezan a aflorar a través de los respuntes literarios de los propios objetos recuperados.

Nos adentramos en la historia de Venecia, pero también en su necrópolis de sensaciones, visiones y excentricidades... de la mano de Vittorio Brunelleschi, elemento aglutinante que va conformando este puzle bien organizado en que se convierte la obra *Adriático*, un canto al decadentismo de Venecia tan estudiado por pintores, escritores y directores de cine. Incluso en el estilo preciso (algunas de sus páginas me han recordado fragmentos de *Sonata de Otoño* de Valle Inclán) los elementos juegan simbólicamente en esa atmósfera decadente cuya sonoridad percibimos, cuyo embalaje musical nos llega con profundidad y gran erudición a la vez que como un enorme fresco paisajístico y humano de gran solvencia estética.

Novela de sensaciones, olores, miradas... en la que la contención narrativa está presente en los capítulos fugaces, precisos y cerrados que son todo un mundo en sí como cada objeto con su historia. Su pluralidad de perspectivas y sus 58 capítulos breves, raudos y plurales crean una atmósfera renovada y rica. Este buen número de capítulos ha sido un acierto narrativo porque la densidad ha sido cercenada así en aras de una mayor rapidez narrativa y una mayor intensidad vital. Otro riesgo del relato que Eva Díaz resuelve con gran maestría.

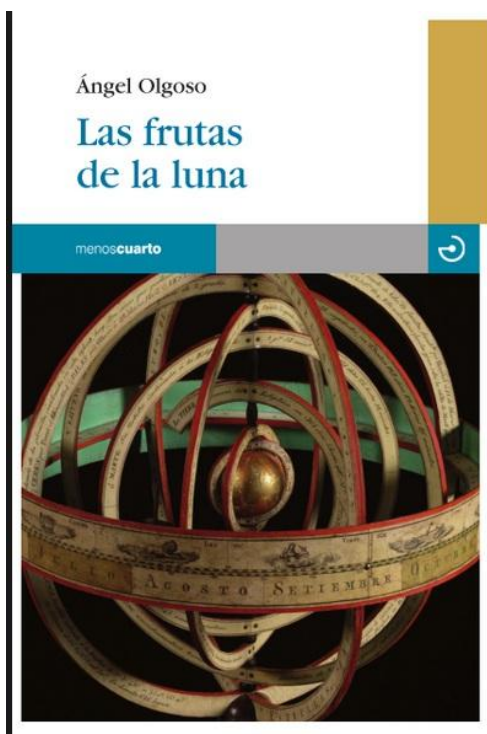
La mirada emotiva y conmovedora y la organización histórica de los objetos, su esteticismo inmanente tienen una presencia radical así como la trivialidad de lo encontrado que aspira a convertirse en un símbolo formal de conocimiento de nosotros mismos como seres humanos individualizados.

Organizado en tres partes, que aluden a tres tipos de vientos diferentes: Siroco (viento del sudeste que procede del Sahara), Bora (viento del norte-nordeste) y Maestral (el cierzo o viento del norte o noroeste), que organizan a su vez figuradamente la historia narrativa, advierten de esa restauración en la que en realidad existe una labor de orfebrería y meticulosidad que muestra las habilidades de Eva Díaz ya precisas en otras obras anteriores.

Un obra de enorme agilidad narrativa en la que los acontecimientos fragmentarios de la propia vida desde el siglo XV hasta el presente siguen un proceso vivencial y emocional profundo que comienza fulgurantemente con un cadáver que flota en el canal (a modo de novela negra) y va progresivamente derivando hacia la conformación de un tiempo histórico bajo el resguardo de la intriga. Luego sabremos que el cadáver es de la abogada Agnese, pero también del perfumista Sanguetti, de los entresijos del cocinero papal... y de tantos elementos de

la vida diaria que son elementos que conforman una imagen, unos olores, una historia reconstruida.

Una gran novela la de una escritora Eva Díaz que pulsa con destreza una prosa rica y precisa.



Las frutas de la luna de Ángel Olgoso es un libro succulento en experiencias narrativas y en procesos escriturales en el que aborda una gran variedad de registros narrativos y temáticas (no ya en el ámbito fantástico, tan recurrente en su trayectoria narrativa sino en lo cosmológico o metafísico) que abarcan situaciones, espacios y experiencias deslumbrantes y bastante originales con una sublime complementariedad entre la brevedad de algunos y la extensión de otros, conformando un dominio explícito de la materia

narrativa que sigue como guía en ocasiones la técnica del *collage* para organizar esos mundos abigarrados y heterogéneos.

Construye con destreza unos relatos que crean un espacio literario donde conviven la penetrante imaginación y el elaborado y pulido uso de la lengua española, de la que es sin duda un enamorado. Olgoso posee una enorme versatilidad narrativa y se adapta a la perfección al modelo que requiere cada situación, cada historia, en el que la sorpresa, el desconcierto o el estupor son factores últimos que atraen sobremedida al lector.

Su escritura posee muchas virtudes pero sobre todo una: su poder de impacto sobre este y la creación del asombro como arma narrativa. Nada es previsible en su obra: dos operarios desmontan el mundo y nuestra existencia, y a medida que se va elaborando el relato ignoramos de qué trabajo se trata pues la impresión es que están desmontando un decorado; sin embargo, este decorado es la propia existencia. Pero estos registros futuristas o fantásticos cambian en otro momento por situaciones orientales como en “Un cuenco de madera...”, que sigue los parámetros de la literatura china en alianza con la narrativa gótica, en la que un joven pobre tiene un novio

detenido esperando la mortífera sentencia del gobernador y el efecto mágico de la púa de su peine clavándose en el corazón del mandatario.

En otras ocasiones su capacidad para la síntesis es tal que puede construir un mundo en pocas palabras en “Designaciones”. En determinados momentos de nuevo llega su inspiración oriental (es muy habitual por estas lides) y escribe una parábola situada en torno al pintor obligado a pintar todo lo nefasto hasta que muere con la obra inacaba.

Sus obras adquieren un carácter simbólico pero penetran en nuestra propia realidad y le dan riqueza y profundidad insólita. Es consciente de que eso que llamamos realidad no lo es, y si ahondamos en ella descubrimos ideas, conceptos, aspectos nuevos que la enriquecen y conforman desde otra perspectiva. Con ello vivimos otras vidas, otras formas de acceso a nuestro mundo, que es mucho más amplio que el que aparentemente muestran los sentidos.

Dejado llevar por esos múltiples registros, la alegorización se adueña de los textos en “La pequeña y arrogante oligarquía de los vivos”, donde describe un vasto mar de muertos.

De norte a sur y de este a oeste, en su literatura, con afán universalista, caben todas las miradas, todo tipo de ceremoniales e historias, como la enfermedad, y entonces emerge la historia de Manuel y su locura, el rechazo de la identidad de todos los seres humanos, en una historia conmovedora que nos recuerda a Poe. La historia de una enfermedad que bien puede ser un buen pretexto para adentrarnos en el submundo de los hospitales, o la presencia fehaciente de la narrativa hispanoamericana en la obra sobre la historia de este personaje con trastornos en la personalidad: un Manuel cabizbajo que se aísla, encadenado a la neurosis nacida de la proximidad de los demás.

También está presente la crítica social en historias como “Materia oscura”, cuando el planeta se queda a oscuras de pronto desde el momento en que la Compañía Eléctrica decide cortar la luz del mismo. Una ironía evidente en torno a ese poder omnímodo de las empresas y la inanidad del ciudadano ante sus actos. Esta tendría relación con “Los túmulos”, donde se plantea el avance de la oscuridad en el planeta y la reacción de los ciudadanos en ese progresivo oscurecimiento; y dice el narrador: “No deseo dejar de anotar en mi informe acerca de la naturaleza de este mundo –para tratarla quizá después en consecuencia- la semejanza entre los dormidos y los muertos”.

También el esperpento hace su aparición en el relicario del prepucio de Cristo en “Reliquias”, la trascendencia lingüística en el diálogo de “Jueces en el Valle de Josafat”, lo absoluto con una forma de construcción artística en “Las montañas de los gigantes a la caída de la tarde”... En ocasiones son historias contadas bajo el mandato literario de lo ensayístico como en “Bestiario” sobre el concepto de humanidad.

Un mundo abigarrado, plural, rico tanto en situaciones y escenarios como en el cuidado uso del lenguaje que hace de Ángel Olgoso uno de los grandes narradores contemporáneos.